

El carlismo en la narrativa breve decimonónica¹

Raquel GUTIÉRREZ SEBASTIÁN
Universidad de Cantabria

En el gran fresco histórico que pintó la narrativa del XIX y especialmente la de la Restauración, las referencias a las guerras carlistas no fueron tan abundantes como cabe pensar, máxime si tenemos en cuenta la trascendencia de estas confrontaciones civiles que asolaron la España decimonónica. Junto con la tercera serie de los *Episodios nacionales* (1898-1900) de Galdós y las excelentes presentaciones literarias de este tema que debemos a Unamuno, Valle-Inclán o Pío Baroja,² hubo a lo largo del siglo diecinueve algunas obras ensayísticas, poéticas y narrativas en las que se trató este tema (Correa Ramón, 2012: 281-282).

Entre ellas he seleccionado varios textos narrativos breves de escritores no coetáneos y de diversas ideologías en los que de un modo u otro apareció tratado el carlismo. El corpus de relatos estudiados está integrado por textos de Vicente Barrantes³ (1829-1898), Pedro Antonio de Alarcón (1833-1891), Emilia

1. Este trabajo forma parte del proyecto de investigación «Análisis de la literatura ilustrada del siglo XIX», del Plan Nacional de I+D+i 2012-2014, referencia FFI2011-26761.

2. Me refiero a *Paz en la guerra* (1895) de Unamuno, *Sonata de invierno* (1905), la trilogía de las guerras carlistas *Los cruzados de la causa* (1908), *El resplandor de la hoguera* (1909) y *Gerifaltes de antaño* (1909) de Valle-Inclán, a *Zalacain el aventurero* (1909) de Pío Baroja y entre los textos poéticos a la obra de Bibiana Gallego *Oda a la Paz o Exhortación a los partidos políticos. Anatema a la guerra civil* (1848). Otras obras sobre este tema son las estampas de Concepción Arenal *Cuadros de la guerra* (1880) o las novelas que retratan las crueldades del cabecilla carlista Félix Domingo Rosa Samaniego, *Rosa Samaniego o la sima de Igúzquiza* (1877), *Vida, hechos y hazañas del famoso bandido y cabecilla Rosa Samaniego*, anónima y publicada hacia 1880 y *La sima de Igúzquiza* de Alejandro Sawa de 1888 (Correa Calderón, 2012: 283-284).

3. Poeta, erudito y bibliófilo natural de Badajoz, que escribió en los principales periódicos madrileños, dedicándose también a la defensa del patrimonio cultural y literario de Extremadura. Fue nombrado por Cánovas Director General de la Administración en Filipinas. Su conocimiento de Poe y de la literatura francesa, que tradujo a nuestro idioma, fue notable. Natural de Badajoz. Escribió folletos satíricos, novelas, baladas, la alegoría dramática *La Corona de Castilla* y el poema dramático *Hatuey*. En 1852, 55 y 57 aparecieron sus novelas *Siempre tarde*, *Juan de Padilla* y *La Viuda de Padilla*. Colaboró en el *Teatro Español*, *Las Novedades el Semanario Pintoresco*, *La Ilustración*, *Revista de España*, *España Moderna*, etc. Fue académico de la Academia Española. Su discurso de recepción versó *Sobre el estilo y conceptos de nuestros filósofos contemporáneos* (1876). Entre sus obras destacan: *Catálogo razonado y crítico de los libros... que tratan de las provincias de Extremadura*, *Narraciones Extremeñas*, *Extremadura en el reinado de Isabel la Católica*, *Aparato bibliográfico para la historia de Extremadura*, *Barros Emeritenses*, *San Pedro de Alcántara*, *El teatro tagalo*, *Las Jurdes y sus leyendas* (Ferrerías, 2010).

Pardo Bazán (1851-1921), Jacinto Octavio Picón (1852-1923) y Clarín (1852-1901). Fueron escritos o publicados entre 1849 y los primeros años del siglo xx y muestran ciertos elementos comunes en la presentación del conflicto.

El primero de los cuentos desde el punto de vista cronológico es «La querida del soldado», texto que fue publicado por entregas en el *Semanario Pintoresco Español* entre el 28 de agosto y el 16 de septiembre de 1849; le siguen «La corneta de llaves» de Pedro Antonio de Alarcón, aparecido también en el *Semanario Pintoresco español*, en los números 48 y 49 (25 de noviembre de 1855) e incluido en *Historietas Nacionales* (1881); los cuentos de Emilia Pardo Bazán «La Mayorazga de Bouzas» (1886) y «Morrión y Boina» publicado en 1889; el cuento de Jacinto Octavio Picón titulado «Virtudes premiadas» (1892), la novela corta «Doña Berta» (1892) de Clarín y otros tres relatos de doña Emilia: «Madre gallega» (1896), «Las desnudadas» (1897) y «Belona» (1907), publicados en *Blanco y Negro* acompañados cada uno de ellos por dos ilustraciones de Méndez Bringa.⁴

«La querida del soldado» del periodista, escritor, político y bibliófilo Vicente Barrantes es un relato (cuento en nuestra opinión, pese al marbete de novela original colocado por su autor en el frontispicio de la primera entrega) que participa estéticamente del canon romántico y en el que aparece como trasfondo la primera guerra carlista. El conflicto bélico, aunque recreado con algunos detalles, es únicamente un telón de fondo para acentuar el dramatismo de la historia de amor entre Lucía, joven que acaba de quedarse huérfana de madre y que va a ser obligada a casarse con Mateo, a quien no ama, y Nicanor, soldado cristino protagonista y la vez narrador de unos sucesos recogidos por un segundo narrador que es quien los revela al lector.

La acción se sitúa en Navarra antes del convenio de Vergara firmado entre Maroto y Espartero. Así lo indica la voz narradora: «En la última acción que se dio en Navarra antes del famoso convenio» (Barrantes, 26-8-1849: 271) y se inicia con la fuga de Lucía y Nicanor tras la muerte de la madre de la muchacha. El resto del relato gira en torno a la persecución del padre de Lucía, Jaime, que furioso por el comportamiento de su hija se alista en la facción carlista y llega a matar a un coronel de las tropas realistas. El final supone la culminación de los funestos presagios de una relación amorosa marcada por la fatalidad. El padre de Lucía pierde la razón mientras combate con furia bajo la bandera carlista, Nicanor recibe la orden de darle muerte y la muchacha decide ingresar en un convento y renunciar para siempre a su amor.

Es este un claro ejemplo de la contienda concebida como un elemento al servicio de la trama. La guerra carlista es un pretexto para enfrentar al padre autoritario con el joven soldado cristino que ama a Lucía, y se utiliza como marco de una sucesión de escenas plenamente románticas: la huida de los ena-

4. «Madre gallega» se publicó en *Blanco y Negro* el 16 de mayo de 1896; «Las desnudadas» salió en la misma revista el 13 de noviembre de 1897 y «Belona» fue publicado el 5 de octubre de 1907.

morados, la muchacha disfrazada de hombre que comparte los días con su amante y las huestes cristinas, el padre y el novio despechado que siguen a las tropas realistas por montes y barrancos mientras rumian la venganza, la crueldad de Jaime que se convierte en un famoso caudillo entre los facciosos, motejado como el *Terrible*, y sobre todo, el enfrentamiento entre el padre y el novio de la joven, alistados en diferentes bandos, y condenados a morir el uno a manos del otro.

Pese a que en diversos párrafos de la narración se describen escenas bélicas, como la llegada de los carlistas a la ciudad, los ataques nocturnos de la facción o el arrojado de los soldados de ambos bandos: «Los muertos rodaron hacia el río, arrastrando en su empuje a muchos vivos, y los que escaparon de las balas de aquel puñado de valientes, arrojándose a encontrarla más segura en el seno de sus ondas» (Barrantes, 16-9-1849: 293), el enfrentamiento entre Nicanor y el padre de su amada podría haber tenido como telón de fondo cualquier guerra, pues ni siquiera hay una motivación ideológica en don Jaime que le inste a alistarse en las filas carlistas, sino que lo hace llevado únicamente por el deseo de venganza y de restablecimiento de la honra.

En definitiva, aunque el devenir de los hechos bélicos acontecidos en Estella y el relato de la sangrienta batalla entre facciosos y cristinos ofrecido en el texto contiene elementos históricos, la historia está siempre al servicio de la pintura del apasionado amor de los protagonistas y de su triste final.

Una nueva muestra de la guerra carlista al servicio de otros temas, en este caso la amistad y la locura, la encontramos en el cuento de Pedro Antonio de Alarcón «La corneta de llaves». En él, el escritor granadino vuelve a tocar uno de sus temas preferidos, la guerra. El personaje-narrador, don Basilio, músico mayor de infantería, se ve obligado a explicar su historia cuando durante una reunión familiar los presentes le instan a tocar la corneta de llaves y él se niega. La narración, a través de un flash-back, relata la historia del músico en la primera guerra carlista. En la víspera de una batalla contra los facciosos, Ramón, amigo o quizá enamorado de Basilio y liberal convencido, le confiesa su plan de matar al coronel de su batallón en venganza por una injusticia y de pasarse al bando del Pretendiente. Afligidos, los dos amigos se despiden y planean encontrarse después de la batalla en la ermita de San Nicolás. En la refriega, Ramón luce ya la boina carlista y sabemos que ha matado al coronel, mientras que Basilio, capturado como prisionero por los facciosos, va a ser fusilado. Ramón logrará salvarlo *in extremis* con una mentira, afirmando que sabe tocar la corneta de llaves, ya que los carlistas necesitaban músicos en sus filas y no ajusticiaban a los prisioneros que sabían tocar instrumentos musicales. Basilio tiene solo quince días para aprender a tocar, si no quiere que los enemigos descubran el engaño y los fusilen a ambos. Con una enorme fuerza de voluntad, consigue su cometido, al precio de perder la razón: la música es ahora su vida y su obsesión. Los dos amigos emigran a Francia, donde Basilio persiste en su locura y triunfa como músico. A la muerte de Ramón, Basilio recobra el juicio, y advierte que ha perdido la

capacidad de tocar. Ello nos devuelve al presente de la narración y a la amarga negativa del protagonista a volver a tocar la corneta.

La guerra carlista en el relato alarconiano es de nuevo el telón de fondo de una aventura de dos hombres. En la línea de los cuentos románticos, las páginas escritas por Alarcón rebosan efectismo y están llenas de lances heroicos que exaltan el valor de los protagonistas, como sucede también en otro cuento del granadino sobre el mismo tema, «El asistente». Los personajes se dejan llevar por odios furibundos, luchan denodada e indistintamente bajo una u otra bandera, viven con delirio sus vidas y la cruenta guerra civil no es más que un escenario propicio para poner en escena estos caracteres tan apasionados. La microhistoria de los dos amigos, Basilio y Ramón, tiene sentido en un escenario bélico, cualquiera que sea, y en la presentación de los carlistas se abunda en una serie de lugares comunes como la crueldad o el arrojado de los soldados.

Bastante más rica es la imagen y las referencias al carlismo en la obra de doña Emilia Pardo Bazán. Conocida es la adscripción ideológica juvenil de la coruñesa a la causa carlista, estudiada en sus aspectos biográficos y literarios por Acosta (2007), Barreiro Fernández (2006: 23-43) y González Herrán (2013 y 2014). También sabemos que las fuentes historiográficas como el Pirala⁵ no le fueron ajenas a la hora de recrear los avatares de estas contiendas civiles. Quizá por eso, además de por su indiscutible pericia como narradora, los cuentos de doña Emilia que tienen como marco las guerras carlistas presentan variados y sugerentes aspectos que me dispongo a analizar someramente. Cinco son los relatos breves de la autora que he revisado para este trabajo: «La Mayorazga de Bouzas» (1886); «Madre gallega», del mismo año, un cuento protagonizado por un joven seminarista y su madre; «Las desnudadas» (1897), texto sobre el libre albedrío en el que el conflicto bélico es un telón de fondo; «Morrión y Boina» (1889), retrato de la vida y de la enemistad entre un carlista y un liberal; y «Belona», un intenso relato que recrea el encuentro entre un caudillo faccioso y su prisionero liberal (1907).

En estos cuentos aparecen algunos elementos que considero interesantes, como la presentación del personaje del guerrillero, la confrontación de caracteres que pertenecen a bandos opuestos y una cierta imagen del carlismo como ideología trasnochada.

El personaje del guerrillero, una figura novelesca verdaderamente atractiva, ejerció fascinación sobre la autora coruñesa que la presentó con la exacerbada crueldad como principal rasgo. La escritora retrata en sus cuentos a varios guerrilleros:⁶ desde el cura de aldea que dirige una partida carlista, que recuerda al cura de Miralles, el curita rechoncho protagonista de un magnífico cuento so-

5. Me refiero a *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista* de Antonio Pirala.

6. En novelas de doña Emilia como *Los pazos de Ulloa*, aparecen también recreados personajes del clero que participaron en las guerras carlistas, como el Abad de Boán.

bre el carlismo titulado «*Ego te absolvo*» de Óscar Wilde,⁷ relato que pudo haber leído la escritora, hasta el Zurdo, líder faccioso que protagoniza el magnífico cuento titulado «Belona», o el Manco, que representa al tipo del contraguerrillero sanguinario de feroz sonrisa que aparece descrito con estas palabras en las páginas del cuento «Las desnudadas»:

Ahora, pues, el contraguerrillero de mi historia —supongamos que se llamaba el Manco de Alzaur— había conseguido realizar el triste ideal de esta clase de héroes; al oír su nombre, persignábanse las mujeres y rompían a llorar los chicos. Interpelado el Gobierno en pleno Parlamento acerca de algunas atrocidades de aquel tigre, protestó de que eran falsas, y que, si fuesen verdad, recibirían digno castigo; pero realmente, las instrucciones secretas dadas al general encargado de pacificar el territorio en que funcionaba la contraguerrilla del Manco, encerraban la cláusula de dejarle a su gusto, y cuanto más, mejor (Pardo Bazán, 2005: 199).

Otro prototipo de guerrillero del bando carlista lo encontramos en don Ramón de Bolea, señorón del pueblo y faccioso que aparece en el cuento «Madre gallega». Este personaje es el causante indirecto de la muerte de la madre del cura Luis María, pues el pueblo odia a Bolea y a quienes con él asocia (entre ellos el joven sacerdote), y una noche varios amotinados van a casa del cura con intención de matarle y es la madre quien finalmente resulta asesinada. Como el resto de los caudillos facciosos retratados por la narradora coruñesa, Ramón de Bolea se caracteriza por la extrema crueldad: «difundióse por el pueblo la tremenda noticia de que Bolea había cogido a dos vecinos, “nacionales” exaltados y reos de apaleamiento de serviles, y los había arcabuceado contra una tapia» (Pardo Bazán, 2005: 45).

Un segundo elemento interesante en la recreación del carlismo en estos textos de doña Emilia es la presentación de personajes de ambos bandos, carlistas y cristinos, para encarnar los dos perfiles ideológicos enfrentados. La escritora se vale de esta estrategia en «Belona», cuento cuyo eje es una escena que presenta al joven capitán cristino, ingenuo, caballeroso y fiel a sus ideas, frente al cabezalla carlista motejado como el *Zurdo*, despiadado, artero, muy bien trazado como personaje y cuya actuación hace transitar al lector, como al protagonista, por situaciones dispares que van desde el miedo a la hostilidad o la tranquilidad debida al clima hospitalario en el que se desarrolla la cena con la que el *Zurdo* obsequia al prisionero. La salida del guerrillero de la tienda para dar la orden del ajusticiamiento del capitán liberal es un verdadero golpe de efecto que corta y concluye la narración de ese modo magistral al que nos tiene acostumbrados esta escritora:

7. Sobre la influencia de Wilde en la literatura española y los juicios que hizo concretamente Pardo Bazán sobre su figura véase Constán, 2009.

Apenas hubo salido el prisionero, custodiado por dos partidarios de aplastada boina, entró en la tienda un capitán, el mismo que había capturado a Jacinto. El *Zurdo* dio una orden lacónica...

—¿Al amanecer? —repitió el capitán.

—Sí; detrás de las tapias de la iglesia...

Y el cabecilla arrancó la última chupada y tiró el cigarro, con un gesto de contrariedad y fatalismo (Pardo Bazán, 2011: 19).

La pintura contrastada de personajes militantes de los dos bandos aparece también en «Morrión y Boina», cuento publicado en *La España Moderna* en enero de 1889 y estudiado por Xosé Ramón Barreiro en relación con la militancia carlista de doña Emilia (Barreiro, 2006: 23-43). La historia, cuajada de elementos costumbristas y humorísticos presenta a Juan de la Boina, un retrógrado carlistón pintado con trazos caricaturescos y a Pedro del Morrión, un liberal venido a menos. Ambos personajes, tras una vida de enemistades, terminan sus días descansando para siempre en nichos contiguos en el ventoso cementerio de Marineda. De «castizo sainete» califica la voz narradora el relato y en efecto, en él encontramos bajo esa mirada a ratos mordaz y a ratos compasiva de la narradora sobre los personajes, una crítica a los excesos del carlismo integrista, encarnado por don Juan, anticuado ya desde su propia vestimenta:

Hasta cabe no recordar aquel vestir tan curioso, proyección visible de un criterio anticuado: el levitón alto de cuello y estrecho de bocamanga, ceñido al talle y derramado por los muslos de amplísimos faldones; el chaleco ombliguero; el reloj con dijes; el pantalón sujeto al botín blanco por la trabilla de los lechuguinos de 1825, pero generalmente abrochado de un modo asaz incorrecto; [...]; el famoso raglán, prenda que solo en hombros del señor Boina pudo admirar la Marineda contemporánea, y tantas y tantas particularidades como merecían especial mención en el decano de los tradicionalistas marinedinos. Pero eran flor de cantueso al lado de su severa, majestuosa, aquilífera y arquitectónica nariz (Pardo Bazán, 2003: 343).

Precisamente, al igual que hizo unos años más tarde Picón en el cuento al que me referiré posteriormente, la voz narradora se vale del relato de la vida de Juan de la Boina para trazar una historia del carlismo, desde la primera guerra civil hasta la paz que trajo la subida de Isabel al trono, y posteriormente la segunda guerra carlista, que pretendía el ascenso al trono del conde de Montemolín, Carlos VI, que se desarrolló en Cataluña y en Valencia y en la que el general Cabrera, personaje histórico que interesó siempre a doña Emilia, tuvo un gran protagonismo.

En lo que se refiere al tratamiento de la figura del liberal don Pedro del Morrión, la narradora a través de la voz del propio personaje, hace una ridiculización del credo del liberalismo, en línea con otros escritores de ideología tradicional como Pereda:

Vamos a ver: yo conocí a ese búho de don Juan Boina hace la friolera de cincuenta y tantos añitos. Ya entonces sus ideas eran una ridícula antigualla, desterrada por la esplendente luz del progreso. Desde entonces, en España, la causa de la libertad ha ganado terreno siempre; hemos echado a los frailes, consumado la desamortización, destruido los fueros, logrado la libertad de cultos... y, sin embargo, ese esperpento, en vez de quedarse arrinconado en el desván, se ha visto diputado, casi personaje, y aún hoy, retirado de la vida activa, recibe corte; [...]. Vamos a ver, repito: ¿quién ha sido aquí el bolonio? ¿Quién el loco y quién el cuerdo? [...] ¿Si retrocederá el siglo en vez de avanzar? ¿Si seré yo un memo, y la santa libertad una engañifa? Porque si hubiese justicia en la tierra, Marineda a quien debía traer en palmas es a mí, el nacional veterano; y a ese terco vejestorio servilón, encerrarle en la cárcel, donde otros están con menos motivo (Pardo Bazán, 2003: 365).

En otro de los cuentos de doña Emilia, «La mayorazga de Bouzas», el carlismo se presenta como un elemento al servicio de la caracterización de los personajes y de la historia de amor y celos que es el verdadero eje del relato. La protagonista, mujer briosa que gustaba de andar a caballo sin silla por los montes, siente hervir en sus venas la sangre facciosa, y cuando la «agitación carlista» azota el valle de Bouzas:

Otra vez se la encontró por andurriales y montes, al rápido trote de su yegua, luciendo en el pecho un alfiler que por el reverso tenía el retrato de don Carlos y por el anverso el de Pío IX.

Hubo aquello de coser cintos y mochilas, armar cartucheras, recortar corazones de franela colorada para hacer «deténtes», limpiar fusiles de chispa comidos por el orín, pasarse la tarde en la herrería viendo remendar una tercerola, requisar cuanto jamelgo se encontraba a mano, bordar secretamente el estandarte (Pardo Bazán, 2005: 36).

La entrega de esta mujer a la causa carlista es una faceta más de su poderosa personalidad, al igual que el posterior abrazo del carlismo por parte de su marido Camilo, será solamente una excusa para sus escauceos amorosos con la modistilla y, como indica el propio final del texto, todo ello, incluso la defensa de la causa del Pretendiente en aquel rincón de Galicia, quedó en nada: «Y de la partida aquella que se preparaba en Resente, que sus hazañas no pasaron a la historia» (Pardo Bazán, 2005: 40).

«Virtudes premiadas» fue un relato de Jacinto Octavio Picón que se publicó en *Novelas y caprichos*, título que adoptó el *Almanaque de la España Moderna* para 1892.⁸ Mariano de Cavia, en la reseña de este libro publicada en *El Liberal*

8. Este cuento integró en ese mismo año el segundo volumen de cuentos recopilatorios de este autor publicado en *La España editorial* con el marbete de *Novelitas* (Gutiérrez Díaz-Bernardo, 2011: 133, nota 1) y las citas de este texto corresponden a la edición de Esteban Gutiérrez de 2011 referenciada en la bibliografía.

el 31 de agosto de 1892, indicaba sobre el mismo que quizá su historia no fuera del gusto de los lectores más católicos, pero en ella «hallarán de seguro su triste y lastimosa *vera efigie* muchos veteranos de las luchas fratricidas por Dios y por el Rey» (Cavia, 1892: 2).

Y es que precisamente el narrador trata de hacer un verdadero retrato, una suerte de crónica novelada del carlismo a través de la recreación de la vida de don León María Regio, nombre simbólico que alude a la bravura del personaje en la batalla y a su acérrimo carlismo. Un hombre cuya trayectoria vital viene a representar la de muchos de sus correligionarios y a través de la cual se cuentan hechos de las tres guerras carlistas. El padre de don León «se portó como un héroe durante la primera guerra civil: llegó a general, consejero áulico de don Carlos, y poco antes de caer herido de muerte en Zumalacárregui, obtuvo la gracia de alférez para su hijo» (Picón, 2011: 137-138).

El personaje es un fanático carlista, capaz de hacer innumerables sacrificios por la defensa de sus ideas. Ese es precisamente el defecto del que la voz narradora acusa a don León: «Era católico, apostólico, romano, y el exceso de fe le hacía intolerante, único lunar que afeaba aquellas virtudes de dulzura, bondad y paciencia» (Picón, 2011: 136). Sin embargo, el narrador presenta una figura que desprende ternura aunque es también tremendamente ridícula, incapaz de plegarse a las circunstancias para sobrevivir, pues no se acoge a la Paz de Vergara, se arruina invirtiendo en bolsa en el momento en el que estalla la Septembrina, se alista para luchar en la segunda guerra carlista habiendo sido licenciado ya como veterano de la primera, y es uno de aquellos soldados que allá por 1876, tras el triunfo del ejército alfonsino, rompe la espada en la frontera con Francia y vive tristemente en Bayona hasta su total ruina económica.

Posteriormente don León vuelve a Madrid sin recursos y tiene que soportar el desdén de unos hijos a los que había criado con mimo, y vivir en soledad tras aceptar una exigua pensión que le ofrece un general carlista exiliado como él. Al final del relato llega al colmo de la humillación cuando le ofrecen por caridad un puesto como «Portero de la Academia Española» (Picón, 2011: 154), empleo que rechaza. Después solicita ayuda a su hijo, quien le proporciona un empleo de oficial de cuarto de la clase de quintos o sextos del Ministerio de la Gobernación, es decir, le propone ser un escribiente en el gobierno alfonsino que él considera odioso. El personaje enferma gravemente cuando se difunde en los principales periódicos carlistas el caso de la desertión de quien había sido un correligionario intachable, sin que don León hubiera llegado a considerar siquiera la aceptación del empleo y de ese disgusto acaba muriendo. Las páginas finales de la narración, de claras resonancias quijotescas, presentan sus últimas horas como una grotesca sucesión de delirios en los que se imagina luchando denodadamente contra los liberales hasta que aparece muerto, vestido con una camisa de dormir en cuyo pecho están las cruces concedidas por sus acciones de guerra.

Y es que ese progresismo utópico que presidió, según indica Esteban Gutiérrez (Gutiérrez Díaz-Bernardo, 2011: 30), el ideario de Picón, le hace considerar

necesario pintar al fanático carlista como una suerte de fanteoche ridículo que, no obstante, le suscita ternura, y recrear su drama, en la idea de que la literatura puede y debe pintar esa intrahistoria que después conceptualizará Unamuno, pues esas historias personales revelan mejor el espíritu de un pueblo.⁹ Se trata pues de una consideración un tanto didáctica de la literatura y de su contenido histórico, pues el relato de la vida de don León se pone al servicio de la censura del fanatismo carlista, auspiciado por sectores del clero y responsable de la intolerancia, uno de los grandes males de nuestra patria que pretendió combatir el novelista madrileño.

La guerra carlista como telón de fondo de una historia de amor, integrada esta vez en un relato con otros elementos, la encontramos en la nouvelle *Doña Berta* de Clarín, otro ejemplo de utilización del conflicto bélico, en este caso la primera guerra, como marco temporal en el que tiene lugar el enamoramiento de la protagonista del capitán liberal y la desgracia, es decir, el embarazo y la separación forzosa de su hijo.

La Historia marca la historia de la protagonista, en esa dialéctica pre-unamuniana entre historia e intrahistoria analizada, en el caso que nos ocupa por Noël Valis y Adolfo Sotelo (Valis, 1986: 67-78; y Sotelo, 2005: 347-355), y como es habitual en la obra de Leopoldo Alas el entorno histórico juega un papel esencial en el desarrollo psicológico de los personajes y en su conducta, según indicó Carolyn Richmond en su introducción a la narrativa breve de Clarín en el tomo III de las *Obras completas* del escritor (Richmond, 2003: 20).

Doña Berta es la última representante del mundo antiguo encarnado en su familia, los Rondaliegos:

El mayorazgo, don Claudio, hacía de padre. La limpieza de la sangre era entre ellos un culto. Todos buenos, afables, como Berta, que era una sonrisa andando, hacían obras de caridad... desde lejos. Temían al vulgo, a quien amaban como hermano en Cristo, no en Rondaliego; su soledad aristocrática tenía tanto de ascetismo risueño y resignado, como de preocupación de linaje (Clarín, 2003: 283).

Los hermanos de doña Berta resultan ser la imagen tipificada del carlismo más ancestral que reinaba entre los hidalgos aldeanos, y a sus inveteradas costumbres, constituidas casi en rituales que ordenaban las horas, se enfrenta la frescura del joven capitán liberal que cae herido cerca de la casa. Un joven alegre, versado en los juegos de guerra, expansivo que

[...] animaba a los linfáticos Rondaliegos a inocentes diversiones, como asaltos de armas, que él dirigía, sin tomar en ellos parte muy activa, juegos de ajedrez y de nai-

9. «[...] pero ciertos sucesos de segundo orden, ciertos hechos, al parecer de poca importancia, apenas merecen que el cronista los consigne en sus anales y el historiador los dé lugar de sus trabajos» (Picón, citamos por Gutiérrez Díaz-Bernardo, 2011: 32).

pes, y leía en voz alta, con hermosa entonación, blanda y rítmica, que los adormecía dulcemente, después de la cena, a la luz del velón vetusto del salón de Posadorio, que resonaba con las palabras y con los pasos (Clarín, 2003: 285).

Ese soplo de aire fresco que ventiló la casona avivó el amor de doña Berta por el liberal y provocó la pérdida de su honor y el consiguiente castigo por parte de sus hermanos.

Si la Historia y concretamente, la guerra carlista, trajo al liberal a la vida de la hidalga, rompiendo la monotonía de su existencia, será la Historia la que la devuelva a su tiempo detenido y arcaico, pues el capitán regresa a las trincheras bajo la bandera liberal y muere defendiendo su causa, como uno de los hermanos de la protagonista, que se arroja desesperado a la guerra, mientras que otros: «contribuyeron con su hacienda en pro de don Carlos, pero no expusieron el cuero a las balas» (Clarín, 2003: 287).

Finalmente doña Berta se libera del fanatismo, se quiebra psicológicamente, renuncia con dolor a los ideales tradicionales a los que ha sacrificado su existencia, y vende la casona y la finca para marchar a Madrid en busca del retrato del pintor. Como bien indicó Maria Rosso Gallo:

[...] la narración, partiendo de un escorzo social «intrahistórico» y de una figura central bien individualizada, logra elevarse al nivel de una reflexión existencial [...]. La vida de la propia protagonista, aunque accidentalmente, ha sido trastornada por las guerras carlistas y, a pesar del intento de ocultar la deshonra y de llevar la existencia de siempre, en ella se ha producido una fractura imborrable (Rosso Gallo, 2001:156).

Esa fractura imborrable es la que llevará al personaje al delirio y a la muerte.

En este cuento de Clarín apreciamos el engranaje entre la historia individual, la intrahistoria unamuniana, y la historia colectiva, la tragedia de la guerra carlista. Al igual que la guerra trastoca el orden del país, la contienda desgarró el mundo de doña Berta arrebatándole a su amor y el fruto del mismo, el hijo bastardo. Es una tragedia personal que surge del quebranto psicológico de la protagonista muchos años después de que la guerra cambiara su existencia. Podríamos hablar pues de que la Historia se pone al servicio de la trama y la vida de los personajes de ficción, pues no hay interés por parte del narrador por relatar de modo más o menos fidedigno ningún hecho histórico.

Y tras este somero recorrido por los relatos, quisiera indicar que podemos agrupar los cuentos analizados según su modo de presentar el conflicto carlista. Un primer grupo de relatos como «La querida del soldado» de Barrantes, «La corneta de llaves» de Alarcón y «La mayorazga de Bouzas» de doña Emilia recrean las guerras carlistas como un mero escenario en el que se presentan conflictos sentimentales. Lo fundamental en ellos son las historias de amor, amistad y celos, historias truncadas en las que los lances de guerra resultan muy adecuados como marco. Aunque, como es evidente, estilísticamente hay una

gran diferencia entre la narración de Pardo Bazán y las otras dos, que presentan unos protagonistas sobreexcitados y apasionados paseándose por los campos de batalla, el eje en los tres textos es el amor al que claramente la guerra se subordina.

Un segundo tipo de relatos es el que emplea la lente satírico-caricaturesca, la pincelada costumbrista y una mayor riqueza de detalles históricos en la pintura de los carlistas. En esta línea se encuentran «Virtudes premiadas» de Picón y «Morrión y Boina» de doña Emilia. Se retrata en ellos a los carlistas como personajes trasnochados, que viven de sus recuerdos y provocan en narradores y lectores una suerte de compasión. Son los quijotes tradicionalistas, curtidos en las batallas de defensa de unas ideas que ya están en trance de desaparición. Resulta curioso que dos escritores de ideologías alejadas como son Picón y Pardo Bazán empleen el elemento caricaturesco para recrear a los carlistas, que son presentados por ellos más como prototipos que como personajes. En esa pintura de un mundo caduco incide también *Doña Berta* de Clarín, que ofrece un ejemplo admirable de esa relación entre historia grande e historia chica que tan bien enhebró Galdós en sus *Episodios nacionales*.

Un tercer grupo de cuentos son relatos antibelicistas, como «Las desnudadas», «Madre gallega» y «Belona» de doña Emilia. Son textos sobre la crueldad de las guerras, de cualquier guerra, que abundan en el sufrimiento, la sinrazón y la insensibilidad del ser humano. En ellos no hay muchos detalles concretos sobre las contiendas carlistas, sino reflexiones acerca de la violencia y el odio fratricida y retratos de guerrilleros, contraguerrilleros, soldados y víctimas de toda suerte y condición.

La magnitud de ese odio fratricida es el que movió a algunos narradores del XIX a poner sus ojos en las guerras carlistas y sus desastres y a convertirlos en materia novelable, pues como decía don Beltrán de Urdaneta en el episodio galdosiano *La campaña del Maestrazgo*: «De modo que paz, lo que se llama paz, no la veréis en mucho tiempo los que sois jóvenes, ni quizás la vean vuestros hijos y nietos... Con que cada cual a su reino... y en el reino chico de cada uno, que no falte una ventanita para ver pasar la historia» (Pérez Galdós, 2007: 736).

Bibliografía

- ACOSTA, E. (2007), *Emilia Pardo Bazán. La luz en la batalla. Biografía*, Barcelona, Lumen.
- BARREIRO FERNÁNDEZ, X. R. (2006), «Morrión y Boina. El cuento que nos introduce en la militancia carlista de Emilia Pardo Bazán», en José Manuel González Herrán, Cristina Patiño Eirín y Ermitas Penas Varela (eds.), *Actas del II Simposio de Emilia Pardo Bazán: los cuentos*. A Coruña, 27, 28, 29 y 30 de septiembre de 2005, Casa-Museo Emilia Pardo Bazán – Fundación CaixaGalicia, pp. 23-43.
- CAVIA, M. de (1892), «La vida literaria. Libros nuevos. *Novelitas*, por Jacinto Octavio Picón», *El Liberal*, xiv, 31 de agosto de 1892, p. 2.

- CONSTÁN VALVERDE, Sergio (2009), *Wilde en España. La presencia de Oscar Wilde en la literatura española (1882-1936)*, León, Akrón Ensayo.
- CORREA RAMÓN, A. (2012), «Otra novela histórica del carlismo: *La sima de Igúsquiza* (1888) de Alejandro Sawa», en Á. Ezama, M. Marina, R. Pellicer, J. Rubio y E. Serrano (coords.), *Aún aprendo. Estudios dedicados al profesor Leonardo Romero Tobar*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 281-290.
- GONZÁLEZ HERRÁN, J. M. (2012-13), «Doña Emilia en Compostela», *La Tribuna*, n.º 9, pp. 121-142. Disponible en: <http://www.realacademiagallega.org/documents/10157/58dabbd2-1245-42f6-8bc1-b023cca09ea2> (enero de 2015).
- GUTIÉRREZ DÍAZ-BERNARDO, E. (2011), *Después de la batalla y otros cuentos*, Introducción y edición de Jacinto Octavio Picón, Madrid, Cátedra.
- PARDO BAZÁN, E. (2014), *Apuntes de un viaje. De España a Ginebra*. Edición digital a cargo de José Manuel González Herrán, Santiago de Compostela, Real Academia Gallega – Universidad de Santiago de Compostela. Disponible en <http://hdl.handle.net/10347/10058> (enero de 2015).
- PÉREZ GALDÓS, B. (2007), *Episodios nacionales. Tercera Serie. Cristinos y carlistas*. Edición y apéndice de Dolores Troncoso. Introducción de Salvador García Castañeda y Dolores Troncoso, Barcelona, Destino.
- PIRALA, A. (1858), *Historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista*, Madrid, Mellado, 5 tomos.
- ROSSO GALLO, M. (2001), *El mundo de «Doña Berta» de «Clarín» El narrador y el personaje. En el mundo de Leopoldo Alas «Clarín»*, Alessandria, Edizioni dell'Orso.
- SOTELO, A. (2005), «Clarín y Doña Berta» en *Lectora, Heroína, Autora (La mujer en la literatura española del siglo XIX)*. III Coloquio de la Sociedad de Literatura Española del Siglo XIX (Barcelona, 23-25 de octubre de 2002), Barcelona, Universitat de Barcelona – PPU, pp. 347-355.
- VALIS, N. (1986). «La función del arte y la historia en *Doña Berta*, de Clarín», *Bulletin of Hispanic Studies*, n.º 63, pp. 67-78.

Ediciones citadas de los cuentos y novelas cortas

- ALARCÓN, P. A. de (1881), «La corneta de llaves», *Novelas cortas, segunda serie: Historietas nacionales*, Madrid, Imprenta y Fundición de Tello.
- ALAS, L. (Clarín) (2003), «Doña Berta. Cuervo. Superchería», *Obras completas. Narrativa breve*, tomo III, ed. de Carolyn Richmond, Oviedo, Nobel, pp. 279-322.
- BARRANTES, V. (1849), «La querida del soldado», *Semanario Pintoresco Español* (entrega 1: 2-9-1849, n.º 35, pp. 278-280. Entrega 2: 9-9-1849, n.º 36, pp. 286-287. Entrega 3: 16-9-1849, n.º 37, pp. 291-296. Entrega 4: 26-8-1849, n.º 34, pp. 269-270).
- PARDO BAZÁN, E. (2003-2004), «Morrión y Boina», *Cuentos de Marineda. Obras completas*, vol. VII, ed. de Darío Villanueva y José Manuel González Herrán, pp. 343-368. Publicado por primera vez en *La España Moderna*, 1 de enero de 1889, pp. 5-36.

- (2005), «La Mayorazga de Bouzas», *Obras completas*, edición y prólogo de Darío Villanueva y José Manuel González Herrán, vol. ix. *Un destripador de antaño (Historias y cuentos de Galicia)*, Madrid, Biblioteca Castro, pp. 29-40.
 - (2005), «Las desnudadas», *Obras completas*, edición y prólogo de Darío Villanueva y José Manuel González Herrán, vol. ix. *En tranvía (Cuentos dramáticos)*. 1901, Madrid, Biblioteca Castro, pp. 199-206. Publicado por primera vez en *Blanco y Negro*, 13 de noviembre de 1897, pp. 8-9.
 - (2005), «Madre gallega», *Obras completas*, edición y prólogo de Darío Villanueva y José Manuel González Herrán, vol. ix. *Un destripador de antaño (Historias y cuentos de Galicia)*. Madrid. Biblioteca Castro, pp. 41-46. Publicado por primera vez en *Blanco y Negro*, 16 de mayo de 1896, pp. 14-15.
 - (2011), «Belona», *Cuentos dispersos*, vol. ii, Madrid, Biblioteca Castro, pp. 277-280. Publicado por primera vez en *Blanco y Negro*, n.º 857, 5 de octubre de 1907, pp. 18-19.
- PICÓN, J. O. (2011), «Virtudes premiadas», *Después de la batalla y otros cuentos*, ed. de Esteban Gutiérrez Díaz-Bernardo, Madrid, Cátedra.